

LIBROS

Con Ridruejo por Castilla la Vieja

«Mi pequeña villa episcopal, donde el correr de la Historia era casi invisible», escribió Dionisio Ridruejo en su autocrítica (1). Esta circunstancia de haber ido a nacer en Burgo de Osma parece que podría empezar a legitimar a un escritor a la hora de intentar comprender y explicar a Castilla la Vieja, ya más pasado que presente. Se requeriría también del autor de tal empresa una sensibilidad especial para percibir y comunicar los signos literarios, históricos, estéticos que individualizan un paisaje o una ciudad. Esta cualidad es bien patente en el poeta Ridruejo. Se exigiría asimismo del autor, ahora moroso viajero, que nos devolviera entero un lenguaje, hoy que ya no queda casi ni la palabra. Por fin convenía que el relator de Castilla la Vieja se hubiera curado de ciertos idealismos —los peligrosos idealismos que tan fácilmente nacen de la tierra patria— hasta el punto que éstos no quedaran siquiera en forma de dolores excluyentes. Hoy, Ridruejo tiene esa serenidad del que ha querido purgar algunos excesos, excesos quizá de amor o de una especial educación, o de los excesos que da su propia tierra. Hoy puede serle aceptado, a lo sumo, el «dolorido sentir» que fluye a veces de su palabra.

Al escribir la guía de Castilla la Vieja (2),

(1) «Escrito en España», Dionisio Ridruejo. Losada, Buenos Aires, 1962.
(2) «Castilla la Vieja» (1). Santander, Burgos, Logroño. Dionisio Ridruejo. Destino. Barcelona, 1973.

dentro del plan ya bien avanzado de una colección de guías de España, Ridruejo ha convertido un encargo editorial en una obra muy personal. Quizá alguien quiera considerar que tal tarea es secundaria en relación con la llamada obra de creación. Sin pretender establecer competiciones de géneros, cabe decir que no hay trabajo literario secundario si el autor no se lo toma como tal. Y Ridruejo ha tenido una voluntad de perfección en el encargo.

Ya éste tenía unos condicionantes —como el autor nos explica—, tanto en punto a extensión como a contenido. Pero dejando aparte el tema de la extensión permitida y forzada, según parece, al máximo, existen, como es sabido, unas convenciones sobre lo que debe ser una guía. Esta que ha realizado Ridruejo ha pagado las mínimas exigencias. Las guías suelen estar orientadas fundamentalmente hacia lo paisajístico y lo artístico. También estos elementos dominan en la de Ridruejo, pero los apuntes sobre las condiciones económicas y sociales son suficientes. Así, ante la actualidad de la provincia burgalesa, escribe: «El resto de la vieja Castilla sigue, esperanzada en los valles y fatigada en el paramal, inclinándose sobre la gleba con la fortuna puesta a la voltereta rueda». Cuando quiere expresar el momento presente de la Rioja, «hoy en crisis de marginación... en decaimiento económico... y desvanecimiento cultural», concluye: «Este adocenamiento es menos escandaloso en las provincias naturalmente pobres o tradicionalmente opacas, pero en un medio tan jugoso, vital y civilizado como la Rioja da mucho que pensar». A mi entender, se da más ampliamente en la introducción. Donde se adelga-



zan más los apuntes es en materia folklórica. Las fiestas populares, los trajes, los utensilios domésticos o de trabajo, lo gastronómico... deberían haber tenido un tratamiento más extenso.

Existía en esta guía el problema de los límites de eso que se llama Castilla la Vieja. Ridruejo lo aborda para ceder, con disgusto, ante el criterio administrativo, según el cual quedan fuera del concepto provincias o parte de provincias consideradas leonesas. Uno se imagina la contrariedad del escritor viajero al tener que detenerse en la raya occidental de Burgos, por donde «el llano sigue dilatándose de horizontes»; al tener que dar la vuelta en pleno camino de Santiago cuando ya está a un paso el románico de Frómista y de Carrión; o bien al tener que subir de nuevo aguas arriba del Duero cuando Jorge Manrique manda lo contrario. Lo administrativo prevalece, y el autor debe renunciar a los páramos de Tierra de Campos o a la ya insinuada montaña que anuncia Cantabria, riberas infantiles del Pisuerga. De hecho, cuando el escritor, al hacer historia, ha querido citar el primer régimen municipal protegido por los fueros, se ha visto obli-

gado a saltar de provincia para encontrarlos en Brañosera (Palencia).

Y está el lenguaje. El cometido de una guía no simplemente funcional o utilitaria, tiene que ser el de comunicar eso que se ha dado en llamar el alma de un paisaje, de una ciudad, restablecer la individualidad de una región, trasladar los gozos, las sorpresas ante un paisaje, un monumento... Esto es imposible conseguirlo si no se nos devuelve, como he dicho, el lenguaje entero. No un lenguaje casticista, sino el apropiado, capaz de hacer revivir la emoción recogida en las cosas. El lenguaje de Ridruejo lo consigue por su gran riqueza y por la fluidez con que es empleado. No es un idioma de diccionario, ya arqueología, sino poseído. No es un lenguaje inventado, sino fresco y eficaz. De tal manera, que a través de él iremos advirtiendo cómo pasamos de los húmedos prados santanderinos a la alegría y a la jugosidad de las riberas riojanas o a las parameras burgalesas. Viajar por Castilla debe tener al menos la gratificación del reencuentro con un lenguaje perdido.

Hay en todo libro de viajes un narrador oculto. En éste, también. El viaje, cuando es largo, puede ser fatigoso si la

técnica no cuenta con los suficientes recursos para no caer en reiteraciones. Ridruejo domina estos trucos de este tipo de literatura y sabe desandar los caminos para ofrecernos el tema desde todas las perspectivas necesarias. Este conocimiento del género lo prueba también con su estilo, que nunca desfallece en imágenes para «animar», dar movimiento a los elementos de un paisaje o de una obra monumental. En este sentido, las páginas de esta guía prueban bien las lecturas que ha hecho Ridruejo de toda una literatura española que abunda desde el 98, hasta escritores como Sánchez Mazas, pasando por Gabriel Miró. Lo característico del estilo de Ridruejo sería, a mi entender, una preocupación especial por la descripción de las composiciones, por la arquitectura del paisaje y una sobriedad en el colorido.

No sería lícito que quedara aquí como un mero cumplido la cita elogiosa a las fotografías de Catalá Roca y Ramón Camprubi. Hasta el punto tiene interés la parte gráfica, que si no eximen al lector de la andadura por las tierras descritas, al menos le pueden permitir hacerse una idea bien clara sin moverse del sillón de casa. Y para ayudar ya al lector sobre la marcha, completan el libro unos desplegables donde se indican desde los principales puntos de interés artístico, a las zonas de caza, pesca...

Es posible que el libro promueva más lectores sedentarios que viajeros. No van los tiros hoy por estos esparcimientos más bien ascéticos y literarios. Algunas de las zonas sí están más al alcance de las fluencias turísticas (costa de Santander) o de los pasos obligados: Burgos. Pero si alguien quiere adentrarse por carreteras secundarias, podrá comprobar con Ridruejo que «cualquier tiempo pasado fue mejor». ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

Vicente Huidobro: antipoeta y mago

El poema *Altazor* se publicó por vez primera, en Madrid, en 1931 (1). Debido a su extensión, las «Antologías» de la obra de Huidobro no suelen reproducirlo en forma íntegra, lo cual hace que su lectura sea casi un imposible para el lector español. Por ello es preciso destacar la importancia de la aparición reciente de *Altazor* en forma completa y como libro independiente, tal como en su primera salida (2).

La figura del chileno Vicente Huidobro nos viene —inevitablemente— ligada al recuerdo del «creacionismo», movimiento poético del cual fue fundador único —si aceptamos sus palabras— o cofundador, junto con el francés Reverdy, según algunas opiniones. Sus primeros libros se publicaron en Santiago de Chile, entre 1911 y 1914. Si exceptuamos el empleo —en alguna ocasión— de llamativas técnicas visuales, no es el Huidobro de esos momentos un poeta muy original. Sin embargo —de acuerdo con su testimonio—, ya en 1912 había comenzado a esbozar sus teorías poéticas. Y en 1914, en una conferencia dictada en el Ateneo de Santiago de Chile, expresó algunas ideas importantes que habría de profundizar más tarde. En 1916 se le bautizó «creacionista» cuando en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Buenos Aires expresó que: «La primera condición del poeta es crear; la segunda, crear, y la tercera, crear». En ese mismo año —1916—, en su libro *El espejo del agua* figura el conocido poema *Arte poética*, cuyo final resumidor es muy representativo de su concepto del creador: «El poeta es un pequeño

(1) «Altazor o el viaje en paracaídas». Poema en siete cantos. Editorial CIAP. Retrato del autor por Pablo Picasso.

(2) Colección Visor de Poesía. Editor Alberto Corazón. Madrid, 1973.